

NOTAS PARA LEER A HÉCTOR
MANJARREZ

.....

David Huerta

NOTAS PARA LEER A HÉCTOR MANJARREZ

Mérida, marzo de 2019

David Huerta

Hace más de cuarenta años, leí *Acto propiciatorio* y *Lapsus*. Fue aquello como estar metido en un vendaval, en un remolino, en un fenómeno turbulento. Tenía la sensación de que su autor había escrito esos libros con una energía semejante a la que yo experimentaba en esos momentos, como si estuviera sometido a un viento poderoso, al pasar las páginas, levemente enfebrecido: había allí un impulso ciclónico, un deseo de volcar en un libro, en un relato, porciones enteras de experiencia, de imaginaciones, de fiesta y desconcierto, de lecturas y viajes.

Esos dos libros, sobre todo *Lapsus*, estaban tachonados de un europeísmo exacerbado, de una modernidad carnavalesca de la que teníamos noticias en México como si se tratara de las historias fabulosas del Preste Juan: una constelación de nombres y hechos, fenómenos y artificios, que estaban allá, del otro lado del mar, muy lejos, en un cosmos hecho de torsiones deslumbradoras y maravillas acezantes.

Héctor Manjarrez delectaba sus vivencias a toda velocidad y las presentaba con una avidez ejemplar. “He aquí, en esta novela *alteregocéntrica*, nos decíamos en un susurro, un escritor atrevido, temerario, que no le tiene miedo al exceso, tan lejos del adocenamiento como puede estar Carnaby Steet de San Juan de Letrán.” Vaya, no decíamos exactamente eso; pero se entenderá, espero, por dónde iba la cosa con ese escritor, nuevo entonces, y ahora, casi medio siglo después, convertido en un escritor de culto y premiado en este marzo en Yucatán por el conjunto de su obra.

Cosas veredes. La expresión, del español antiguo, toma su lugar con naturalidad al hablar de Héctor Manjarrez porque no olvido cómo me impresionó que el primer cuento de *Acto propiciatorio*, “Johhnny”, llevara un epígrafe del *Cantar de Mio Cid*, gesto al mismo tiempo simpático y desafiante... o simpático por desafiante, diría uno.

Manjarrez ha escrito cuentos, novelas, ensayos, poemas. Durante una época de su vida fue cronista de teatro y también hizo periodismo literario; codirigió al lado de Jorge Aguilar Mora una formidable colección de libros llamada Claves; tradujo un puñado de páginas (Antonin Artaud, Charles Olson...) y ha hecho una vida ejemplarmente discreta como profesor universitario, admirado por los alumnos y rodeado de justas

consideraciones por todos sus compañeros en la Universidad Autónoma Metropolitana. Sus editores de Era le han sido fieles durante largas décadas y han dado a conocer cada libro de Manjarrez con un profesionalismo que ahora parece cosa del pasado, pero que para ellos es de todos los días. Con excepción de los dos primeros, ya recordados al principio de estos renglones, publicados por Joaquín Mortiz, todos los demás libros de Manjarrez llevan el sello de Era, es decir, de la mejor editorial que hay entre nosotros.

Le he dado el título de “Notas” a estos renglones. No aspiro a más. Son como señales puestas en mi camino de lector por la cercanía con textos que he admirado y de los que mucho he aprendido. Estas notas son un simple testimonio y un saludo a una región de mi biblioteca doméstica que me trae evocaciones vívidas, intensas, inolvidables.

El cuento “Historia”, del libro *No todos los hombres son románticos*, le dio título a la reciente compilación de los cuentos completos de Héctor Manjarrez. El tomo, considerable, voluminoso, masivo, contundente, dice de mil maneras lo siguiente: he aquí a un escritor en estado de madurez, quizás en trance de plenitud, cosa, esta última, que se verá con la lectura de los cuentos reunidos;

pero yo ya no los voy a leer en esa edición pues los tengo en los libros individuales de Manjarrez, cada uno leído y releído en diferentes momentos de la vida. Debo decir, sin embargo, cuánto bien les hará a los lectores de las generaciones nuevas, emergentes, enfrentarse a este escritor, a sus textos.

No voy a leer *Historia*, digo, pues ya conozco esos cuentos, en los tomos sueltos donde aparecieron; tengo presentes prácticamente todos los relatos; estoy al tanto de la historia de *Historia*, con el capítulo o pasaje en el cual se toca con mis propias escrituras. Hablaré ahora de esto último pues puede resultar curioso y hasta interesante ver cómo dos trabajos literarios, uno en verso y el otro en prosa, se ponen, digamos, a conversar y cómo se replican, quizá se influyen, se sonríen o se hacen gestos de todo tipo.

Esa historia, la historia del cuento “Historia” de Héctor Manjarrez, tiene que ver con un poema que se titula, ¡adivinaron ustedes!, “Historia”, que en su momento le dio también título a un módico librito de versos. Todo eso está relacionado asimismo con una revista que se llamó *La mesa llena* y que nadie recuerda, sospecho, más que quienes la hicimos, entre otros Manjarrez y yo. La revista alcanzó la escalofriante, vertiginosa suma de dos números, dos entregas en total; un columnista la llamó “una

revista hiperintelectual de valía”, y de ahí no pasó. *La mesa llena* tiene todo que ver con las historias del cuento “Historia” y con aquellos versos. Y todo es muy sencillo; aquí doy noticia de los hechos en la secuencia cronológica:

En marzo de 1980, en el primer número de *La mesa llena*, Manjarrez dio a conocer el cuento “Historia”; en septiembre de 1981, en el segundo y último número de esa misma revista, apareció mi poema “Historia”, dedicado a Héctor Manjarrez; en 1983, el primer cuento del libro *No todos los hombre son románticos* era, sí, “Historia”, ahora publicado con una dedicatoria a mí; en 1990, el libro de poemas *Historia* daba a conocer, una vez más, con la vieja dedicatoria de 1983 a Manjarrez, mi poema. En 2018 Manjarrez publicó su contundente reunión de cuentos que tituló con la palabra que tantas veces ha sido aquí repetida. Es un tejido simple y la palabra tan traída y llevada nada tiene que ver con Heródoto, padre de la Historia con mayúscula inicial, ni con la caterva de seriesísimos y circunspectos historiadores sino con esas historias de amor y sexo que tanto nos emocionan.

En los años setentas los lectores de Manjarrez de quienes yo estaba al tanto no pasaban de veinte o treinta; como he dicho, ahora tengo la viva sospecha de su ascenso, pues lo es, a “escritor

de culto”: no tengo la menor idea del significado de semejante fenómeno ni me atrevo a hacer cálculos: ¿habrá pasado Manjarrez de tener esos veinte o treinta lectores a tener decenas, centenares, miles de lectores? No lo sé y sospecho el poco interés intrínseco del asunto. Tener diez, treinta, 600 lectores puede ser indiferente. Con un solo lector basta. En este momento, aquí en Mérida, voy a fingir que soy ese único lector de Héctor Manjarrez; en cierto modo, uno es el único lector de un escritor en la complicadísima intimidad ante el texto.

En una columna periodística de comentarios literarios, “Libros y otras cosas”, que sostengo hace ya mucho tiempo, en las planas de periódico *El Universal*, escribí un breve comentario sobre una novela corta de Héctor Manjarrez titulada *Rainey, el asesino*. Esos renglones se publicaron el 16 de abril de 2002; los retomo ahora, y los reelaboro, para celebrar el premio “Excelencia en las Letras ‘José Emilio Pacheco’” otorgado a Héctor Manjarrez en 2019. Helos aquí:

El recorrido londinense de Sir John Rainey, documentado por una mirada precisa que se demoró, hasta el milímetro, en los detalles, comenzó a media mañana en la estación de King’s Cross. Lo llevó al encuentro más importante de su vida, o por lo menos al más extraño y radical.

La historia de ese encuentro está en las páginas de un delgado libro (apenas 87 páginas). Se llama *Rainey, el asesino*. Héctor

Manjarrez es el cronista del recorrido de Rainey —así como de otros desplazamientos por medio planeta— y de su culminación, un clímax que rompe la simetría (la identidad) de los nombres y mancha los rostros y los cuerpos con un fulgor sangriento, pesadillesco. [...]

En unas islas heladas del hemisferio austral comenzó todo, en medio de una guerra inicua, como todas las guerras. Un crimen fue cometido. Alguien con nombre y apellido cometió un crimen. El vaivén de la voz pasiva y de la voz activa se confunde con el ir y venir de los nombres a través de los mares y de los continentes. Los países, las lenguas, las fortunas de los protagonistas, son apenas cifras borrosas en la serie de acontecimientos que aquel crimen austral va a desencadenar. Es una historia eterna y mínima trazada con todos los hilos de una tragedia inmemorial. Pone en escena la grandeza y la miseria, los claroscuros, de la justicia; una justicia que acaso sea la protagonista cardinal —esto es, del corazón— de ese asesinato y de sus consecuencias. Pero no la Astrea de la clásica edad dorada, diosa de la justicia; sino una justicia accidentada, equívoca, equivocada, esmaltada por los accidentes de la voluntad personal.

Rainey, ese nombre de asesino, va a llenarse a lo largo de las páginas de este pequeño libro con toda clase de modulaciones: ora dicho en voz baja y esperanzada, ora pronunciado a solas, casi en silencio, con un rencor erizado. La violencia está en el fondo, en los espíritus y en las fisiologías, en la memoria y en la voluntad.

Es casi increíble la potencia de condensación de esta breve obra maestra; o dicho de otra manera, su trama apretada es el eje de la maestría que la pone de manifiesto. Todo está cronometrado y medido con maniática exactitud para crear un efecto simultáneo de contundencia y de extrañeza. *Rainey, el asesino* es al mismo tiempo un apólogo y un *thriller*, lo que no deja de ser paradójico y hasta contradictorio. [...]

[...] Hay algo convulso y a la vez cristalino en el estilo de Manjarrez; un ingrediente de inexorabilidad, lo mismo cuando cuenta encuentros y desencuentros sexuales que cuando, como en *Rainey, el asesino*, se interna en los meandros ensangrentados de la historia moderna.

Lo cierto es que con esta novela breve Manjarrez da un golpe de timón y se aleja, no se sabe por cuánto tiempo o por cuántos libros, de la textura de sus obras anteriores. No hay en esta su más reciente

entrega literaria nada de lo que conocíamos de él: ni el antilírico lirismo desgarrado de sus poemas sobre separaciones amorosas; ni el talante carnavalesco de su primera novela y de sus primeros relatos (*Lapsus*, *Acto propiciatorio*). Pero sí está presente el mismo empecinamiento en meterse dentro de los personaje y desde ahí desafiar al lector, incitarlo, suscitar en él una mirada atenta y a cada página más apasionada, cada vez más hondamente comprometida con la historia que va contando.

Manjarrez, el narrador, se ha volcado entero en este libro de pocas pero doctas páginas (la alusión quevedesca es cortesía de este reseñista). Su doctrina de narrador —su poética, digamos— está aquí de modo cabal, sin complacencia, con todos sus ingredientes: velocidad y estilo, poder de convicción e interés por la condición humana en sus pequeñeces y en sus accidentes enormes.

Rainey, el asesino es uno de los mejores libros de la narrativa mexicana de los años recientes, en este despuntar del siglo XXI. Su autor puede sentirse satisfecho de lo que ha escrito y los ejemplares editores de Era de haberlo dado a conocer. Pero los lectores queremos más: esperamos con avidez la próxima obra de Héctor Manjarrez, un escritor entrañable.

Eso fue parte de la reseña de *Rainey, el asesino*. Pero los libros de Manjarrez no se limitan a los que he mencionado; son muchos más, una abundante bibliografía.

Recuerdo ahora, para ir terminando mi contribución a estas reflexiones sobre Héctor Manjarrez y sus escrituras, el libro de ensayos titulado *El camino de los sentimientos*. En esas páginas está el testimonio de un lector apasionado, rabiosamente parcial, dueño de un peculiar radicalismo, arbitrario y tremendamente bien informando. Ese lector es el escritor que el premio yucateco de la Feria Internacional de la Lectura Yucatán celebra este

marzo de 2019, gracias a los auspicios de la Universidad Autónoma de Yucatán y la asociación UC-Mexicanistas de las universidades de California, presidida por nuestra admirada y querida Sara Poot Herrera.

La obra de un escritor notable ha sido, así, justamente celebrada y reconocida: Héctor Manjarrez, ese autor-lector cuyos sentimientos e ideas e imaginaciones han trazado un camino admirable que hoy, aquí entre nosotros, alcanza una estación luminosa con el premio “José Emilio Pacheco”. Ω